

La pluma-bisturí. Literatura y escritura en Michel Foucault

The scalpel pen. Literature and writing in Michel Foucault

*Chay ñawchi uchuylla kuchuna phuru. Michel Foucault sutiyuq
runapi simi kapchiy qillqasqantaq*

Jorge Andrés Gordillo López

17, Instituto de Estudios Críticos, Ciudad de México, México

historia@17edu.org

ORCID: 0009-0008-3925-3634

Resumen

Me interesa ensayar la formulación de la pregunta acerca de las particularidades de la literatura y su vínculo con la escritura en nuestros días, a través de las aportaciones que Michel Foucault realizó entre 1963 y 1971, compiladas en el libro *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Puntualmente, me concentraré en la afirmación foucaultiana de cierta literatura comprendida como una figura negativa, así como en las especificidades de su estela.

Palabras clave: escritura, literatura, negatividad, historicidad, retórica

Abstract

I am interested in trying to formulate the question about the particularities of literature and its link with writing today, through the contributions that Michel Foucault made between 1963 and 1971, compiled in the book *The Great Foreigner*. To think about literature. Specifically, I will focus on Foucauldian affirmation of certain literature understood as a negative figure, as well as on the specificities of its wake.

Keywords: writing, literature, negativity, historicity, rhetoric

Qillqapa pisiyachiynin

Munapayachiytam kay ruwapayaywan kay apukuywan simi kapchiypa ima munayninkunapa tapukuyninkunapa niyta munani, hinallataq kunan punchawninchikkunapi qillqawan tupaqninwan, 1963 ichataq 1971 watapi *Michel*

Foucault runapa qillqa maytu *La gran extranjera*. *Para pensar la literatura* akllasqan ruwasqanwan yanapachikustin. T'urpunpiqa, yuyaymanasaqmi, *Foucault* runapa qunqaylla nisqanpi huk kaq qillqakuna wanki mana wankiyuqhinakaqmanta, chaynataq tuyrupa sutiranpaqninhiyuq kaqta.

Qhapaq siminkuna: qillqay, simi kapchiy, ama niy niq, ñawpa willay, rimaq

Fecha de envío: 28/7/2024

Fecha de aceptación: 6/10/2024

El 7 de julio de 2022, en el marco del coloquio internacional “Archipiélago crítico” organizado por 17, Instituto de Estudios Críticos, tuvo lugar una conversación titulada “¿Qué escritura? Conversación sobre literatura, crítica y psicoanálisis”. Los interlocutores fueron Jessica Beckerman, Mario Bellatin, Philippe Ollé-Laprune y Benjamín Mayer. Uno de los ejes de las intervenciones fue la diferencia histórica de la expresión literaria entre el siglo XX y lo que va del XXI. Una de ellas, según Ollé-Laprune, es el horizonte que moviliza la literatura en la actualidad; a saber, la posición del testigo de lo que sucede en el mundo. Esto es, el literato como figura que sigue, positivamente, la historia comprendida, aquí, como el paso del tiempo. Esta postulación contrasta —siguiendo al expositor— al horizonte de finales del siglo XVIII a los inicios del XXI, cifrado en la transgresión de lo que, en cada caso, era conjurado por los discursos hegemónicos como lo verdadero. Este apunte resonó con lo dicho por Bellatin momentos después, acerca de su concepción de la escritura como jeroglífico cuya solicitud lectora producía un laberinto de trazas productoras de cosmos no-idénticos al orden del sentido. En este sentido, si la apuesta escritural de nuestros días tiende a la comunicación y a la economía sensible de la claridad, el pulso negativo de la escritura es desvalorizado debido a su ineficiencia positiva. No olvidemos que estas apreciaciones sucedieron en una charla y, como tal, lo dicho respondía a ciertos parámetros y a sus derivaciones. Es tarea de los escuchas elaborar las presentaciones, ahondar y hacer las precisiones pertinentes. En este sentido, me interesa ensayar la formulación de la pregunta acerca de las particularidades de la literatura y su vínculo con la escritura en nuestros días, a través de las aportaciones que Michel Foucault realizó entre 1963 y 1971, compiladas en el libro *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Puntualmente, me concentraré en la afirmación foucaultiana de cierta literatura comprendida como una figura negativa, así como en las especificidades de su estela.

*

La expansión y sofisticación de los mecanismos de archivación en el siglo XXI pueden leerse como una fase de la *gramatización* (Stiegler) cuya particularidad reside en el desarrollo de captura de información de los entes. Este ciframiento de la experiencia en procesos de inteligibilidad positiva, es decir, en operaciones cuantitativas, lleva consigo la exposición y el resguardo de la información obtenida, según las oscilaciones y distribuciones del poder cibernético. La sensación de navegar en el todo y no poder asirlo es tan común como no encontrar, en el todo, respuestas satisfactorias al deseo que anima la navegación. Esta situación estalla la posibilidad del hechizo de la coincidencia de los tiempos consigo mismos, a la vez que promueve la ilusión de su concreción en los discursos sociales de la plenitud. En cuanto a la práctica lectora, esta oscila entre una transparencia de la realidad existente, su comprensión inmediata y el rechazo a lo ilegible, así como la afirmación de lo incalculable e intraducible que escapa a un decir total. Estas condiciones, entre otras, son aquellas que disponen al pensamiento y sus artefactos. La abundancia textual que producen las instituciones del saber rebasan la capacidad de los investigadores para seguir el hilo de las discusiones especializadas y generales. Asimismo, la velocidad de la industria editorial actualiza obras completas de autores apostando por la construcción o la permanencia de un canon, al mismo tiempo que circula material nuevo, seleccionado por los índices de éxito que ofrecen las proyecciones de los datos e información de clientes ya procesados. Esta situación excesiva, propia de una sociabilidad reducida al principio de equivalencia general, propicia la pregunta acerca de cómo relacionarnos con el archivo y la mediación histórica por la que nos aproximamos a este, a saber, el tratamiento de información.

Desde la formalización de las academias y las universidades decimonónicas, uno de sus trabajos que ha definido históricamente su quehacer es la hermenéutica y filología. Ambas tecnologías de lectura las comprendo, aquí, como el esfuerzo racional por asegurar el sentido de documentos del pasado. Estos documentos, venidos de la invención de archivos estatales, cuyo ordenamiento respondió a la falta de una teleología que hiciera, del origen, el destino y el sujeto de los Estados-nación, eran tratados como evidencia positiva de una realidad pasada y presente. Esta tradición continúa practicándose con algunas variaciones. Esta labor mantiene actualizados los archivos de la lengua y del canon. Este tratamiento lleva consigo el ejercicio de una política de lectura que promueve al archivo como el ordenamiento de los elementos que, de ser interpretados correctamente, esto

es, en el desciframiento de su secreto, podrá, al fin, develar el sentido de un objeto. En esta disputa por la revelación, Nietzsche exploró una experiencia de lectura y escritura orientada hacia la destrucción de la sensibilidad teológica obturante de un pensamiento afirmativo a la exposición de los archivos como posibilidades de un decir otro, de un idioma no equivalente. Esta elaboración resonó en distintos trabajos de pensamiento posteriores; entre ellos, el de Michel Foucault. Una de sus particularidades fue la de articular *diagnósticos* de los conjuntos y ensambles de discursos —archivos— que (des)componen los cuerpos históricos. Diagnosticar, en este sentido, implica, por lo menos, dos movimientos complementarios. Uno de ellos es diseccionar el régimen del sentido y la sensibilidad que forma la superficie en la que sucedemos, en cada caso, para señalar lo que en la comprensión e identificación es incomprensible y diferente. El otro es la delimitación de las regiones grises, de las manchas y relieves borrosos en las que los campos del poder y del saber moldean la expresión de los cuerpos. Este entrelazamiento técnico no descubre ni revela, quiebra la familiaridad y al reconocimiento propio de la positividad, para producir el extrañamiento del que emergen las diferencias. Una de las huellas que dejó Foucault en la práctica lectora es hacérselas con la historicidad de la verdad y la estela de redes discursivas que deja a su paso, no con la resurrección. Enfrentarse al archivo de Foucault en el siglo XXI sugiere, siguiendo las consideraciones lectoras expuestas previamente, hacerse la pregunta de cuáles son las regiones invisibles del régimen de visibilidad de la actualidad. Dicho de otro modo, ¿cuáles son las expresiones desapercibidas en la expresividad social que nos dispone? La apuesta en este *ensayo* es señalar que una de esas expresiones es la relación entre escritura y literatura. Esta relación le interesó a Foucault, en especial entre las décadas de 1960 y 1970. *La gran extranjera*, Raymond Russell (1963), *El pensamiento del afuera* (1971) y la entrevista titulada *Un peligro que seduce* (1968) son los documentos principales en los que me he demorado, y son apenas unos referentes de muchos otros en los que el autor en cuestión trató a la literatura. Sin la industria editorial, estos trabajos, fechados en el siglo pasado, no podrían llegar al castellano y circular del modo en que ha sucedido. Si bien la obra de un autor es siempre ya una invención usualmente asociada a la unidad, también podemos asociarnos con esta como quien entra a un cuarto de maravillas. De la proliferación de elementos que podemos leer en miles de páginas, hay dos que me parecen pertinentes abordar debido a las resistencias a los índices de historicidad que hoy gobierna la experiencia del tiempo, reconocibles en categorías y conceptos como *presentismo* (Hartog) y *presente amplio* (Gumbrecht). El primer elemento es enfatizar el surgimiento histórico de la literatura en el siglo XVIII, así como sus

transformaciones en los siglos subsecuentes. El segundo elemento es la negatividad de la literatura y la escritura. En concreto, lo que aquí interesa es el enigma del jeroglífico de la inscripción singular que anima el deseo por la diferencia, cuya importancia no cesa de ser ocluida por el goce inquisidor de la presencia.

*

Que en la actualidad concibamos que la historia es histórica lo debemos a una serie de escrituras que, a lo largo de doscientos años en diferentes latitudes de Occidente, dieron cuenta que tras la caída del centro articulador del sentido emergió la ambigüedad de la significación. La proliferación de contradicciones, azares, combinaciones, confusiones, encuentros y sospechas, anunciadas desde los grabados barrocos, tuvieron como soporte una página negra. Las trazas venidas de esos pasados del que nos quedan apenas murmullos, son ellas mismas resultado de una oquedad. Al no estar determinadas, comienzan tan solo. Libradas de los principios, las escrituras giran, son desviación, significan lo que no dicen, apartan, destierran. No son identificables a la Unidad, que no a una repetición que difiere. Esta apertura de la historicidad, esto es, de la no coincidencia de tiempos consigo mismos, fue súbitamente suturada en una teleología cuya máscara científica lleva el nombre de historia. Aporía: la historia reprime la contingencia que le dio lugar, a la vez que, en su esfuerzo por contenerla en un relato, produce diferencias que desbordan el anhelo de Totalidad impulsando, de nuevo, relatos inacabados. Esta operación decimonónica cuyas resonancias no cesan de arribar a la digitalización de la experiencia, fue atendida sostenidamente por Michel Foucault, entre otros. Desde la publicación de la primera edición en francés de *Enfermedad mental y personalidad* (1954) hasta sus últimos trabajos hacia la década de 1980, el pensamiento histórico, así como la crítica a la historiografía fue una de sus elaboración mejor logradas debido a la radicalidad de su propuesta. Historizar, para Foucault, es escriturar la extrañeza de lo familiar abismándola hacia las tensiones que dispusieron de órdenes de sentido, en cada caso. Historizar, para el ejercicio del pensamiento, no es, en este sentido, relatar el desarrollo de un origen ni traer a la presencia lo ya sucedido. Historizar zanga. Su intervención es farmacológica. Agujerea las petrificaciones y a la soberanía del Uno, en cualquiera de sus versiones. Historizar desidentifica lo que toca, así como lo tocado altera a la historización. En este sentido, el roce de la historia y la literatura genera un choque en el que vale la pena demorarse, pues es ahí, en la proliferación de expresiones no-idénticas, donde la página negra despliega la angustia de la pregunta por la finitud que no acaba de suceder.

*

Entre el 14 de enero y el 4 de febrero de 1963 Michel Foucault celebró dos intervenciones radiales en el programa *El uso de la palabra*, conducido por Jean Doat. La transcripción de las emisiones llegan al castellano en 2015, en la compilación *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Las dos exposiciones se titularon “El lenguaje de la locura” y “El lenguaje como locura”. Que estas hayan sido alojadas y emitidas por radio promueve la pregunta acerca del diferente tipo de formas discursivas en las que el pensamiento circula y cómo es recibido, atendido. Pues si la Modernidad en su conjunto propició el discurso científico vía lenguajes especializados, objetivos y neutrales, cifrado en la escritura objetiva, ¿cómo leer estos documentos promovidos por uno de los medios de comunicación del siglo XX, inscripto en la retórica? La retórica, tras el siglo XVII, fue domiciliada al ornato, la estética por el discurso del saber. Sorprende que, tres siglos después, este antiguo modelo cognitivo sea el dominante en la sociedad de las masas y, en este caso, figure como el soporte del que partimos para ensayar las formulaciones de Foucault acerca de la literatura. A diferencia de una conferencia, un seminario o la publicación de un escrito, cuya validez demanda el *performance* de hacer como si lo dicho correspondiera con lo real, las emisiones radiales como las que aquí nos interesan están autorizadas por sí mismas. Prescinden del hecho como ley para hablar. Suceden en el vacío del que brotan. De ahí la particularidad de estos documentos, pues de lo que tratan es, precisamente, de la literatura como iteración de signos y jeroglíficos en la página negra.

Para Foucault la emergencia de la literatura a finales del siglo XVIII está íntimamente ligada al silenciamiento paulatino de las motivaciones bíblicas que figuraron a Occidente por más de diez siglos. Dicho de otra manera, lo que sucedió puede comprenderse como la metamorfosis de lo dicho en la perdurabilidad de la forma que, desfondada, se hunde en las palabras hacia su exterioridad secretando la inagotabilidad de su significación. Esta situación desplazó la certeza principal de la época anclada en la Unidad —el mundo cerrado planteado por Koyré— hacia la pregunta por lo que queda de la palabra cuando el sentido no está dado. Si las instituciones que aseguraban la fe están corrompidas, entonces, ¿hacia dónde dirigirse para asir la palabra? Paulatinamente, la gramatización, vinculada a las escrituras sagradas, pasó a otro tipo de sacralidad: la razón de Estado absolutista. Esta soberanía inédita, orientada por la instrumentalidad, reunió en su proyecto gramático la positividad de su despliegue situando las experiencias no-idénticas a sí misma al registro de la ficción donde cohabitaron ignorancia, infancias, muje-

res, gritos, locos, retóricas, etc. En estos márgenes fue en los que la fábula fue designada como un decir sin referente, sin atadura a lo real. La fábula, la ficción: los simulacros. Estas simulaciones que sirvieron como elementos de distinción para lo verdadero fueron, a su vez, el espejo roto de los saberes cuya ferocidad no cesó de postularse como la certeza en un tiempo desquiciado. Signada por la incompletud y el vaciamiento de sentido suscitado por las oquedades del Todo floreció la literatura. Distanciada de sí misma, exiliada, su traza es ya distanciamiento de lo dado y hundimiento hacia su hueco. La literatura no responderá, como la retórica, a lo dicho como autoafirmación de lo Mismo. Su movimiento vendrá de sus propios juegos arriesgándose, una y otra vez, a una escritura que niega su destino a la vez que afirma una diferencia. Para Foucault la literatura es ya transgresión a lo dado, excrecencia que recorrerá la página negra y sus virtualidades hasta que el decir se fragmente en signos.

Sin autorización ni acreditación por lo real, la literatura abreva y repite en las fuentes de lo verdadero. Tras la hemorragia de la espesura ontológica que hizo a la palabra *re-presentación*, la literatura avanza destituyendo, tritura los instantes de su identificación. Palabra desgraciada, niega lo que dice liberándose de los principios. Olvida. Traza una *soledad sonora* (san Juan de la Cruz). Abisma. Exposición de lo invisible en tanto tal. Atracción a la oquedad. Juventud lenguajera. La literatura para Foucault brota como *figura negativa*. El despliegue de esta escrituración hace aparecer las imágenes que, al sustraerse, exhibe la página negra en su distancia incalculable. Es, en este sentido, en que el que la escritura literaria puede ser tratada como una desgramatización. No obstante, este tratamiento no está asegurado.

*

En *La gran extranjera*, así como en la producción textual de Foucault, la historicidad —la no coincidencia de los tiempos consigo mismos— genera un pensamiento productor de diferencias históricas que socavan el hechizo de lo Mismo. En una de las emisiones radiales de 1963, “El lenguaje como locura”, hay un pasaje breve en el que hay una distinción entre la literatura en el siglo XIX y el XX en el que me interesa demorarme. Tras plantear el problema que desarrolló en su exposición, a saber, el de la co-pertenencia en el lenguaje del habla con el de la locura, Foucault pregunta cómo es que en su contexto el lenguaje de la locura adquirió una peculiar importancia. Inmediatamente, sugiere que, tras la caída de la convicción moderna por la transformación política en su sentido fuerte, esto es, de la iluminación como conducto meramente positivo para realización utópica,

lo que queda son los restos de esa desilusión. El índice de esta transformación —continúa— puede palpase en el desvanecimiento del horizonte de la escritura literaria en el siglo XIX orientada a la conquista de la libertad social encarnada en el silenciamiento de lo dicho para desplegar hacia el futuro, así como en la creciente exploración del último bastión de la libertad en el siglo XX localizada en la palabra misma. Que el lenguaje sea el abrevadero de la libertad —entendida como la sustracción de optar por lo dado— emparenta a la literatura y la locura. De ahí la cualidad transgresora de ambas. Lo que a continuación presentó en la locución radial fue mostrar de hecho cómo ese maridaje ha tenido lugar desde el siglo XVIII. La concatenación de textos de la compilación *La gran extranjera* ofrece una serie de análisis en los que la literatura como transgresión fue elaborada y sostenida por Foucault, aludiendo, con intensidades diversas, a figuras como Chateaubriand, Sade, Proust, Mallarmé y Joyce. A estos casos podemos añadir los de *Raymond Russell* (1963), Blanchot en el ensayo *El pensamiento del afuera* (1971), entre otros. La pertinencia de esta lectura para pensar la actualidad de la literatura y la escritura radica en el ciframiento positivo en el que los derroteros de la gramatización nos ha situado. Si la escritura literaria hasta el siglo XX hizo de su expresión una traza negativa cuya fuerza horadaba la dictadura del lenguaje, en la sociedad electrónica, constituida por la extracción de datos, basada en el imperativo de la calculabilidad y la libertad, ¿cuál es la posición de la escritura respecto a la negatividad y su cualidad transgresora?

La actualización del archivo de Michel Foucault arrojó una entrevista que le realizó Claude Bonnefoy en 1968. El corte de esta conversación fue autobiográfica. La transcripción circuló por primera vez en francés, inaugurando la colección *Audiographie. La voix des sciences sociales* llevada por la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales, en 2011. El título es *Un peligro que seduce*. Hay bastantes aristas sugerentes a lo largo de la conversación; no obstante, vale la pena hacer hincapié en lo que Foucault elaboró acerca de la escritura. En determinado momento del intercambio, el entrevistado refiere a la proximidad entre la hoja del bisturí y la pluma. El primer objeto, asociado a la práctica médica de su padre, produce cortes en cuerpos para su análisis o su cura. Herir para sanar —curiosa resonancia nietzscheana—. La pluma corta, escinde, disecciona, separa, produce distancia y diferencia. La experiencia escritural no pasa, o al menos no positivamente, por la sacralidad y su anhelo de presencia. Esto es: la escritura no ilumina un sentido, no asegura, no comprueba, no totaliza, no clausura, no es pedagógica, no revive. La escritura libera al pensamiento de los estratos y coagulaciones de las herencias destinadas que tienden a sostener lo familiar como región inmediata

de la experiencia. La escritura no llena, vacía. La escritura es pérdida de sí: inscripción de la existencia, apropiación de la muerte, de la vida. Una vez más, como con Sade y Russell, para Foucault la escritura está relacionada con la muerte en tanto que la traza es donde se cifra el *secreto enfermizo* con el que el pensamiento trabaja para comprender lo que sucede entre una vida y una muerte. De modo que la escritura recorre las osamentas para notar lo que de ellas estructura o habla en nosotros, sin ser lo Mismo y que, para afirmar la existencia propia, será necesario poner aparte. La escritura así entendida historiza, garabatea la repetición de una negatividad.

La práctica escriturística para Foucault comparte rasgos con sus concepciones con la literatura sin ser, por ello, equivalentes. Uno de los puntos de convergencia es la materialización de un jeroglífico particular cuya estela es la expresión de una indigencia histórica, cuyo movimiento oscila entre una doble repetición: las demandas de la Unidad y la afirmación de una vida sin por qué. En este sentido, entre otros, es desde el que las aportaciones de *La gran extranjera* provocan la pregunta acerca de qué escritura y qué literatura, si es que aún puede hacerse esa distinción, es afirmativa a la existencia en el siglo XXI.

*

En *Un peligro que seduce* Foucault mencionó que, para él, la escritura adquirió una dimensión placentera y reflexiva tras su exilio a lo largo de siete años a Italia, Suecia, Polonia y Alemania. De 1953 a 1960 esta extranjería, en la que no podría ubicarse, identificarse ni comunicarse con facilidad, le hizo demorarse en la apropiación de lo que, desde entonces, fue su hogar: la lengua. Un mutismo derivó en escritura. De este pasaje *autográfico* me interesa recuperar la experiencia del exilio y su relación con la escritura. En particular, por la transformación histórica del exilio. La década de 1950 ya era un mundo dañado, no obstante, por lo menos en diferentes latitudes europeas y en el continente americano, había una dimensión de arraigo compuesto por un mito de los orígenes. El desprendimiento respecto a ese mito, el pasaje hacia una transformación, hizo de estos movimientos una posibilidad para la apropiación de la existencia. Este no es más nuestro horizonte. Setenta años después, el mundo cifrado en la *Gestell* (Heidegger) ha ensanchado por mucho los exilios producidos por el destierro forzado en los que la posibilidad de elaborar la situación singular de la existencia es reducida al mínimo por los procesos de producción y sistemas de acumulación del capital orientados hacia su reproducción como fin último. Lo que en su momento fue, hasta cierto punto, una extravagancia, hoy es un sometimiento fríamente administrado. En esta ac-

tualidad, ¿qué escrituras y qué literaturas circulan entre nosotros? ¿Hay condiciones para las escrituras y literaturas negativas?

La gramatización en su faceta actual ha hecho de los individuos, fuentes productoras de datos que, a su vez, disponen del desenvolvimiento de consumo de cada uno de nosotros desencadenan un nihilismo administrado. Este tiene que ver con la destrucción de las operaciones mnémicas de los individuos al saturar, de presencia, su entorno por medio de los aparatos electrónicos. La aceleración, la accesibilidad, la transparencia y la excitación que configura nuestras sensibilidades y experiencias de mundo, suscita un excedente de positividad reconocible en el imperativo de libertad a la que los individuos responden. El fortalecimiento de la personalidad autoritaria es, a su vez, el del rechazo a la diferencia. Si pensar es decir que no y la escritura el horadamiento de la adormecimiento, entonces, esta es ya la marca de un despertar. Contra toda estandarización y supresión a la tachadura, la figura del escritor resulta peligrosa en tanto que atenta al contrato de la palabra. Violentar la lengua común, herirla y signar que la lengua es no-toda: escribir. Si en *La gran extranjera* Foucault no cesó de insistir, fue en la negatividad de la escritura. En complemento a esa insistencia en el siglo XXI, en esta época sin época, habría que señalar que la escritura y la literatura, de estar expuesta a algo es al riesgo por hacerse cargo de las condiciones de existencia atenta a que las fantasías, los cuentos que nos contamos, no vivan por nosotros lo que nos es más propio.

Referencias bibliográficas

- Eribon, D. (2004). *Michel Foucault*. Anagrama.
- Foucault, M. (2011). *Siete sentencias sobre el séptimo ángel*. Arena Libros.
- Foucault, M. (2012). *Raymond Russell*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2012). *Un peligro que seduce*. Cuatro Ediciones.
- Foucault, M. (2013). ¿Qué es usted, profesor Foucault? Sobre la arqueología y su método. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2014). *El pensamiento del afuera*. Pre-textos.
- Foucault, M. (2014). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Pre-textos.
- Foucault, M. (2015). *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Siglo XXI.